

La teoría de las facultades cognoscitivas de
Philipp Mainländer

Philipp Mainländer's theory of
cognitive faculties

José Carlos Ibarra Cuchillo

Universitat Autònoma de Barcelona



En el exordio de *La filosofía de la redención*, Philipp Mainländer defiende que la filosofía no puede ser sino inmanente y que, por tanto, debe rechazar aquellos principios que terminen invocando poderes extramundanos. Asimismo, debe ser idealista, reconociendo que no puede hablarse de objetos independientes del sujeto cognoscente. Sin embargo, no está por ello en la obligación de negar la existencia de un fundamento fenoménico, de un noúmeno: la voluntad. Pues el hombre es tanto voluntad como consciencia de sí. De este modo, sólo encontramos dos fuentes de conocimiento, a saber: los sentidos y la autoconciencia.

Del sentido debe separarse la función del órgano que produce la impresión específica de la función del aparato transmisor, que, como su nombre indica, las transfiere. Las reacciones en los sentidos, elaboradas por el cerebro, son las representaciones. Y el conjunto de estas conforma el mundo como representación. De este mundo, distinguimos la representación intuitiva: la vista y parcialmente el tacto, y la no intuitiva: el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Para que pueda darse la representación intuitiva el cerebro tiene que actuar sobre la impresión con arreglo a la ley de la causalidad; Mainländer lo denomina la función apriorística del entendimiento.

Las causas que estimulan los sentidos son cosas en sí, pues de lo contrario la reacción sensible vendría producida por una mano trascendente. Pero el sujeto nada podría percibir sin unas formas previas a toda experiencia. Tales son el tiempo y el espacio. Ni el espacio ni los límites de la espacialidad existen independientemente del sujeto, como tampoco este posee la pura intuición a priori de ellas: son síntesis del entendimiento. No hay ni un espacio infinito fuera de la mente ni en la mente; ni siquiera una limitación real fuera de esta; lo que hay es un espacio infinito en la mente, logrado por abstracción mediante la síntesis de una multiplicidad dada a posteriori, que luego queda desplazada hacia fuera. Sigue aquí la fórmula kantiana que reza: «Todo comienza por los sentidos».

Gracias a la *razón perversa*¹, se gana un espacio fantaseado. «Da lo mismo dar un límite a un palacio, que a un fragmento de cuarzo; a un caballo, que a una abeja. La

¹ Por perversidad de la razón entiende Mainländer, a guisa de ejemplo, lo siguiente: «Si pensamos en una especialidad pura, por ejemplo, en una pulgada cúbica, podemos dividirla *in indefinitum*, es decir, el retroceso de las dimensiones en el punto cero deviene cada vez más difícil. Podemos estar dividiendo años, siglos, o miles de años: siempre nos encontraremos con un resto de espacialidad, que aún puede dividirse más, y así *in infinitum*» (2014, p. 75). O también: «Pues, cuando nos esforzamos en captar en una imagen la finitud lógicamente asegurada del mundo [...] enseguida provoca la perversa razón al espacio para ampliar sus dimensiones más allá de las fronteras del mundo. Y aquí es donde surge con fuerza la querrela: tenemos, por cierto, un mundo finito, pero en un espacio que nunca podemos llenar, porque sus dimensiones se prolongan incesantemente» (Mainländer, 2014, p. 75).

cosa en sí lo determina a desplegarse, en la medida en que ella actúa»². Esta forma de entendimiento espacial ha de entenderse como un punto que determina: allí donde una cosa en sí cesa de actuar, el espacio pone el límite, o dicho de otro modo: la esfera de actividad de la cosa en sí solicita al espacio limitarla justo donde termina.

La segunda forma para percibir la causa de la impresión es la materia. La materia no es la sustancia, sino la capacidad de objetivar la propiedad de la cosa en sí, es decir, la actividad especial de la misma, una vez la figura se halla delineada por el espacio. Así se hace el objeto, que no es más que la cosa en sí filtrada por las formas del sujeto. La materia es también un punto lógico, en el cual se unifican las actividades intuitivas de la cosa en sí, las impresiones. Es la suma del conjunto de reacciones sensibles del mundo intuitivo.

Para Mainländer no hay que confundir la materia con la suma de las actividades de la cosa en sí, que actúa independientemente del sujeto como fuerza. La fuerza, cuando es objeto de la percepción de un sujeto, es ya materia [*der Stoff*] o fuerza objetivada. La esencia de la fuerza es de todo punto diferente de la esencia de la materia. La objetivación de la fuerza variará, dando múltiples propiedades de una misma cosa en sí, de conformidad con la naturaleza del sujeto.

Hasta ahora tenemos unas impresiones sensoriales objetivadas por el entendimiento, pero no están completas, pues son aún representaciones parciales. Debe actuar otra facultad cognoscitiva: la razón. Huelga decir que tanto el entendimiento como la razón y sus facultades auxiliares actúan siempre al alimón. El conjunto de la razón apoyada por la memoria, el juicio y la imaginación constituye el espíritu humano. La función de la razón es la síntesis; su resultado, el enlace (*Verknüpfung*), lo enlazado. La forma de la razón es siempre el presente, pues de lo contrario el sujeto tendría la impresión de estar viviendo en múltiples realidades a la vez.

La función de la memoria es la conservación de las impresiones, la del juicio reunir aquello que se corresponde y la de la imaginación es la creación de la imagen mediante la retención de lo intuitivo. Veamos ahora cómo se produce la intuición.

El tiempo es un enlace de la razón, y no, como suele suponerse, una forma a priori de la facultad cognoscitiva. Aquí se aleja sensiblemente de la doctrina kantiana. La razón, apoyada en las facultades auxiliares, tiene la capacidad de ampliar la causalidad

² Escribe: «Cada cosa en sí tiene una esfera de actividad totalmente independiente del sujeto» (Mainländer, 2014, p. 49).

general que enlaza dos cosas –la que actúa y la que padece– en una cuarta relación causal, que abarca la actividad de todas las cosas en sí, como comunidad o acción recíproca, lo cual quiere decir que cada cosa actúa continuamente, directa e indirectamente, sobre todas las demás cosas del mundo, y que, al mismo tiempo, todas las demás cosas actúan continuamente sobre la misma, directa e indirectamente. Se sigue entonces que ninguna cosa en sí puede tener una actividad absolutamente independiente.

La *conexión real dinámica del universo* existiría incluso sin un sujeto cognoscente; pero el sujeto no podría conocerla si no fuese capaz de realizar en sí el enlace de la comunidad, o en otras palabras: la comunidad es la condición de posibilidad de la captación de la conexión dinámica del universo. Entonces, ¿tiene sentido preguntar por la causa de la caída de una piedra? Sí, pero sólo en base a la causalidad general, al enlace de la razón a posteriori; pues sólo gracias a ella podemos conocer la acción de un objeto sobre otro. La ley de la causalidad únicamente urde los hilos entre el sujeto y la cosa en sí y construye series causales. La utilización de la causalidad general siempre se deduce de las cosas en sí, y las series causales siempre son solamente la conexión de actividades de la cosa en sí, pero nunca contienen las cosas mismas como miembros en sí. Luego estas cosas en sí nunca se encuentran en una serie causal, puesto que sólo se nos manifiestan sus esferas de actividad.

Las relaciones causales no nos pueden conducir tampoco a un pasado supuestamente real de la cosa en sí. Como ya hemos dicho, el tiempo es una síntesis a posteriori de la razón: sólo existe la manera de penetrar en el pasado de las cosas en la conexión genética, como en el ejemplo de la planta y su forma anterior, la semilla. Si bien la razón puede construir series de desarrollo, surgen con ayuda de la causalidad porque tienen que ver con el ser de una cosa en sí y sus modificaciones, mas no del tiempo. De ello se sigue que no podemos pasar de la pluralidad a la unidad porque las formas de la *essentia* de la unidad simple son, a todas luces, una frustrada tentativa para la razón.

Las fuerzas genuinas que actuaban *en* Dios desaparecieron cuando Él resolvió suicidarse; de sus cenizas surgieron otras que, objetivadas, se muestran como representación del mundo. No podemos conocer el contenido de la esencia trascendente, aunque, eso sí, podemos penetrar en ella mediante *el fino hilillo de la existencia*.

Así pues, nos vemos impedidos para realizar *a parte ante* series causales correctas partiendo de cambios en la materia del objeto, puesto que, de hacerlo, caemos en los sofismas de la *razón perversa*, que algunos autores modernos como Meillassoux sitúan en el centro de la problemática del correlacionismo.

Bibliografía

MAINLÄNDER, P. (2014). *La filosofía de la redención* (Manuel Pérez Comejo, trad.). Xorki.